

Barbara Cassin

La nostalgia

Ulises, Eneas, Arendt



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *La nostalgie. Quand donc est-on chez soi?*
Traducción de Alicia Martorell Linares

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Autrement, Paris, 2013
© de la traducción: Alicia Martorell Linares, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-613-0
Depósito legal: M. 27.817-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota de traducción sobre la bibliografía y las citas
- 13 Sobre la hospitalidad corsa
- 27 Ulises y el día del retorno
- 57 Eneas: de la nostalgia al exilio
- 77 Arendt: la lengua como patria

- 113 Notas

Nota de traducción sobre la bibliografía y las citas

Para las citas hemos utilizado en la mayor parte de los casos las ediciones que se indican en nota, aunque a veces nos hemos tomado la libertad de adaptarlas a la interpretación de la autora. En las obras de las que no existe traducción española, hemos traducido las citas directamente, después de haber consultado el original, o bien traducciones a otros idiomas cuando el francés no era el idioma original. Finalmente, en un reducido número de casos, no hemos podido consultar la traducción española, de modo que la traducción es nuestra, pero hemos indicado no obstante la referencia bibliográfica. Los números de página que se indican son los del ejemplar que ha manejado la autora.

Quiero dar las gracias a Vicente Fernández y Eduardo Knörr por su ayuda con los textos griegos y alemanes, respectivamente.

Estando, como estoy, con un pie en un país y otro pie en otro, considero mi condición muy afortunada, porque es libre.

René Descartes, *Carta a Cristina de Suecia*, julio de 1648

Sobre la hospitalidad corsa

*La encontramos. ¿Qué? La eternidad.
El mar que se fue en pos del sol.*

Arthur Rimbaud

Una isla es mi casa, pero no es mi casa

Es como si volviera a casa, pero no es mi casa. Quizá porque no hay nada que sea mi casa. O, en realidad, porque precisamente cuando no estoy en casa tengo la sensación de estar en casa, en algún lugar que es como mi casa. ¿Cuándo hemos llegado a casa?

Bajo del avión, voy al aparcamiento, me indican dónde está el Peugeot blanco, intemporal, que conserva su matrícula parisina con el 75 y que se conduce como si fuera un camión. Tomo la carretera, en verano prefiero la que pasa por la laguna, por las frutas y verduras, los limones enormes, los melones, sandías, albaricoques, ya hay higos, los tomates corazón de buey, las berenjenas marmoladas de malva, los calabacines pequeños y firmes. Los túneles, las rotondas y los badenes, y todas las curvas, una por una. Muchas curvas,

pero están impresas en mis manos a pesar de mi atención distraída, o quizá ya estén incorporadas al volante. Tras el olor de los tubos de escape, las estaciones traen un olor a garriga («ese soplo imperceptible de pino, ese toque de artemisa...» dice el prisionero corso en *Astérix*¹, antes de tirarse al agua) de mimosa, de adelfa, de fogatas, de mar. Veo cómo va avanzando la zona industrial, las casas nuevas o restauradas, pocos cambios desde que tomamos la carretera que va al cabo. Como un caballo vuelve a la cuadra, yo vuelvo a casa.

Quiero partir de esta experiencia: del sentimiento que puedo llamar en mi interior nostalgia irrefrenable que siento cada vez que «vuelvo» a Córcega. Es un sentimiento fuerte, extraño, porque no tengo antepasados en esta isla, porque no he nacido aquí ni he pasado aquí la infancia o la adolescencia. No soy corsa, he nacido en París, allí vivo y allí trabajo, allí he criado a mis hijos, en una casa llena de encanto, pero un poco oscura, en pleno centro, tengo el acento puntia-gudo de una *pizutu*, una del continente. ¿Cómo puedo tener esa sensación tan fuerte de haber vuelto a casa? ¿Cómo me puede pesar hasta tal punto estar siempre lejos, demasiado lejos? «Vienes a beber en la fuente», me suelen decir en el pueblo cuando llego. Es una expresión muy rara. ¿De qué fuente están hablando?

No estoy en casa y, sin embargo, estoy en casa. De la misma forma que el Evangelio dice «Los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutasen» (Corin-

tios I, 7, 31), estoy en casa sin estarlo, «como» si no estuviera. Y, como no tengo raíces, la desarraigada que me gusta ser y que espero seguir siendo (mi madre era de origen judío húngaro recalada en Trieste y en la Italia irredenta y la familia de mi padre procede de piratas berberiscos que acabaron siendo banqueros del papa en el Condado Venesino) se encuentra allí «como» en su casa.

He querido reflexionar/fantasear con la nostalgia, evidentemente porque me gustan Homero, Ulises, el griego, el Mediterráneo. Pero también, y esto es lo más raro, porque estoy atada a Córcega, al horizonte de una casa, una aldea, un cabo, en una isla que no es la mía porque, como mínimo, no he nacido en ella. «Nostalgia» es la palabra que me viene naturalmente a la cabeza cuando lo pienso. Y, como el propio «Homero», la «nostalgia» no siempre es lo que creemos que es. De la misma forma que Homero tampoco es el poeta original, un hombre solo que hubiera escrito la *Iliada* y la *Odisea* tal y como las conocemos², la nostalgia no es simplemente añoranza de una tierra y deseo de volver a casa. Este sentimiento dulce que te invade, como los orígenes, es una ficción voluntariamente elegida que no deja de dar indicios para que la tomemos por lo que es, una ficción adorable, humana, un hecho cultural. La mejor manera de volver a la patria, en una *Odisea* transformada por el sentimiento moderno, ¿será aquella que no es la propia?

La patria, como la lengua, «no nos pertenece»³.

Quisiera partir de una experiencia muy personal, demasiado personal.

Mi marido murió de las consecuencias de una larga y breve enfermedad, que acogimos dulcemente en nuestro retiro del pueblo y en el espacio de la casa construida por nosotros y para nosotros.

Entre los derechos exorbitantes de que goza Córcega, este extraño territorio que no ha dejado de ser napoleónico, además de las herencias y el precio del tabaco, tenemos el privilegio de poder enterrar en casa, si las autoridades lo autorizan.

En este pueblo y en esta casa, en una terraza desde la que se ve el tejado, el puerto y el mar, está enterrado mi marido. Hay una piedra con su nombre, sus fechas de nacimiento y de muerte, grabadas por amigos que fueron en barco a buscarla a una cala; nos sentamos en banco de madera de deriva hecho por nosotros. Y justo al lado está mi propia tumba, que todavía suena a *hueco* en una tierra que no nos pertenece, que es nuestra y que no lo es.

El día de su muerte, previsible pero incierto («Está tan cansado, no lo mire así, deje que se vaya», me dijo la doctora aquella mañana), la tumba no estaba terminada. Aquel día, dos personas me llamaron para decirme que podía usar sus tumbas familiares: «La hospitalidad corsa también es eso».

Somos huéspedes, *hospites*. Después de todo soy francesa, mi documento de identidad lo dice, y Córcega está en Francia, así que simplemente estoy en mi país, estoy en casa. Sin embargo, me en-

cuentro como en casa solo porque soy *hospes*. Otros tienen raíces aquí, más raíces que yo, así que me acogen. Al no haber recibido tierras de mis padres, cosa que les agradezco, estoy gozando de una que no es mía, no del todo, aunque sea su propietaria legal. Porque es una cuestión de reciprocidad. Un huésped: la misma palabra que designa al que hospeda y al hospedado. Estamos frente a un hallazgo inmemorial, la civilización misma. Sin duda habría que añadir que, en griego, *xenos* designa al *hospes* en sus dos sentidos, pero también quiere decir «el extranjero», el que necesita ser «hospedado» por excelencia, mientras que en latín *hostis* designa también al «enemigo», es decir, confianza-desconfianza. Por encima de la casa se puede ver desde el mar la torre Séneca, donde parece que escribió *De Consolatione*.

Así que, estemos muertos o vivos, el pueblo nos «hospeda». Pero también nos hospeda el mundo, en un cosmos auténticamente griego que se despliega por este horizonte tan propio de las islas. «La encontramos. ¿Qué? La eternidad. El mar que se fue en pos del sol», decía lúcidamente Rimbaud (son las palabras que salieron espontáneamente de mis labios para dar las gracias a todos aquellos que, conocidos y a veces desconocidos, deber de aflicción, vinieron a recibir bajo el calor de un mediodía de junio la crudeza tambaleante del coche fúnebre).

La realidad de una isla. Una isla es real de forma muy precisa. Vemos sus orillas desde el barco o el

avión. Y desde una isla el horizonte marino se curva, al ponerse el sol la tierra es redonda. Sabemos, en medio del agua, que hay una orilla, límite entre el dentro y el fuera, que la isla es finita. Una isla es, por excelencia, una entidad, una identidad, algo, con un contorno, *eidos*, emerge como una idea.

En su finitud, una isla es un punto de vista sobre el mundo. Una isla está sumergida en el cosmos, cósmico y cosmológico, con el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la inmensidad al frente, sensible a la mirada. En Grecia, en Córcega, experimento constantemente el *kosmos*, el «mundo» de los griegos: «Orden y belleza», dice Baudelaire. En cada curva del camino, a cada paso, el mundo se recompone y se reorganiza. Lo que ve el ojo se incorpora instantáneamente a una estructura, el ojo queda atrapado por la armonía, con un asombro nuevo cada vez. Entre cosmología y cosmética, inmenso y limitado, el horizonte crea de nuevo el orden. Una isla es por excelencia un lugar.

La nostalgia de una isla. Una isla es, al mismo tiempo, como lugar, un lugar muy singular, un lugar que invita a partir: de una isla solo nos podemos marchar «Oh Muerte, viejo capitán». Y queremos, debemos volver. Determina y atrae como un imán. Permite creer que el tiempo se curva como el horizonte, que volveremos después de un periplo completo, un ciclo, una odisea.

¿Será realmente allí a donde volvemos? ¿Alguna vez podremos quedarnos?

Nostalgia, una palabra suiza

«Nostalgia»: una palabra de aires francamente griegos, de *nostos*, el «retorno», y *algos*, el «dolor», el «sufrimiento». La nostalgia es el «dolor del retorno», a un tiempo el sufrimiento que nos tortura cuando estamos lejos y las penas que sufrimos para volver. La *Odissea*, que funda junto con la *Iliada* la lengua y la cultura griegas, es la epopeya que un poeta ciego que probablemente nunca existió, «Homero», escribió para cantar las peripecias del retorno de Ulises, el hombre de múltiples tretas. Es el poema de la nostalgia por excelencia.

Sin embargo, «nostalgia» no es una palabra griega, no la encontraremos en la *Odisea*. No es una palabra griega sino una palabra suiza, suiza alemana. Es en realidad el nombre de una enfermedad que no se describió como tal hasta el siglo XVII. A decir del *Dictionnaire historique de la langue française*, se inventó exactamente en 1678 y lo hizo un médico, Jean-Jacques Harder, para dar nombre a la añoranza de su país, *Heimweh*, que sufrían los fieles y carísimos mercenarios suizos de Luis XIV («sin dinero no hay suizos»). A menos que lo acuñase en 1688 Johans o Jean Hofer, hijo de un pastor alsaciano de Mulhouse, que le consagró a los diecinueve años su tesis de medicina en la universidad de Basilea, en la que describía «historias de jóvenes»: el caso de un muchacho de Berna que estudiaba en Basilea, que se iba apagando hasta que se curó por el camino, antes de llegar a casa, y el de una

campesina hospitalizada («*Ich will heim, ich will heim*», gemía, rechazando alimentos y medicinas), que curó al volver a su casa. Reconoceremos su origen en su confuso significante⁴.

Pronto se convirtió en una cuestión militar: los suizos desertaban cuando escuchaban el *ranz des vaches*, el canto de las praderas alpinas, «la melodía tan amada por los suizos –escribe Rousseau en su *Dictionnaire de la musique*– hasta tal punto que estaba prohibido bajo pena de muerte tocarla ante las tropas porque los que la escuchaban se deshacían en lágrimas, desertaban o morían, pues exacerbaba en ellos el deseo de volver a ver su casa»⁵.

Así pues, el cuerpo médico fabricó esta palabra para hablar de una enfermedad de los suizos alemánicos, «nostalgia» como quien habla de «lumbalgia» o de «neuralgia». Si insisto en ello es porque el origen de la palabra me parece muy representativo de lo que es un origen: esta palabra, que connota toda la *Odisea*, no tiene nada de originario, ni de original, es decir, de «griego». Es una palabra artificial, históricamente mestiza (y, como los orígenes no son precisamente un hecho histórico, deberíamos decir, utilizando la palabra forjada por Heidegger, «historialmente mestiza») y está al servicio, como todos los orígenes, de una finalidad retrospectiva. Lo vemos en la tipografía de la *Dissertatio de nostalgia*, con sus mayúsculas latinas para la *dissertatio medica*, sus mayúsculas griegas para la palabra ΝΟΣΤΑΛΓΙΑ y minúsculas góticas, *oder Heimweh*, para la añoranza, el «mal del país».

Estuvo a punto de ser eclipsada por *filopatridomanía* («la locura del amor por la patria»), que también propone Harder, o por *potopatridalgia* («el dolor del “deseo-pasión” de la patria») forjado por Zwinger, y el subtítulo *Heimsehnsucht* de Haller... Pero lo que triunfó fue *nostos*, «el retorno».

Si consultamos el diccionario de griego de Pierre Chantraine, por una vez, no salimos de dudas: *nostos* procede de *neomai*, que significa «volver, retornar», y viene de una raíz cuyo sentido activo sería «salvar»; *anostos* quiere decir «sin retorno, que no da fruto», *Nestor* es el nombre de «el que vuelve felizmente, el que trae felizmente de vuelta a su ejército»; y en griego moderno, *nostimos* tiene el sentido de «sabroso, gentil». El sentido probable de la raíz es «retorno afortunado, salvación» y la encontramos en germánico o inglés antiguo («estar curado, salvado, sobrevivir», y «salvar, curar, alimentar»), el sánscrito tiene palabras asimilables a *neomai*: *nasate*, «acercarse, unirse», con una ligera diferencia de sentido que no es un obstáculo decisivo y que podemos quizá relacionar con *nimsate*, «se besan, se tocan con la boca», pues siempre hay vínculos entre el retorno y el amor.

Este libro analiza, con la «nostalgia», la relación entre patria, exilio y lengua materna. La *Odisea*, que relata las pruebas de Ulises y su retorno siempre postergado, es el poema mismo de la nostalgia. El signo, tremendamente simbólico, de que Ulises por fin ha llegado «a casa», a la patria, es su cama arraigada, excavada con sus propias manos en un olivo alrededor

del cual ha construido su casa, un secreto que solo comparte con su mujer. Arraigo y desarraigo: eso es la nostalgia.

La patria es algo que Eneas lleva a la espalda cuando huye de Troya en llamas, cargado con su padre Anquises y sus dioses lares. Va errando de un sitio a otro hasta que Juno, que le persigue con su odio, acepta dejarle fundar lo que será Roma, pero con una condición: que olvide el griego y hable –dice Virgilio– «con una sola lengua» con y como los latinos. La epopeya fundadora es también en este caso fundadora de la lengua.

Tener por patria la lengua, por única patria, incluso. Así es como en tiempos sombríos Hannah Arendt, «naturalizada» en su exilio estadounidense, decide definirse, no con respecto a un país o a un pueblo, sino únicamente con referencia a una lengua, la lengua alemana. Es lo que añora y lo que quiere escuchar.

¿Qué es lo nuestro y qué es lo ajeno? «Feliz quien, como Ulises...»: no hay nada más falso que el soneto de Du Bellay, ya que, a su vuelta, Ulises solo permanece «en casa» una noche, por muy agradable que sea. Debe volver a marcharse lejos de su patria, lejos del mar, por el interior de sus tierras, llevando un remo, hasta que otro caminante le salga al encuentro y le pregunte: «Extranjero, ¿qué es ese biello que llevas al hombro?». Solo entonces, Ulises podrá hincar el remo en tierra y hacer un último sacrificio a Poseidón, dios del mar y volver a vivir con los suyos el tiempo que le quede. Pero esto no nos lo cuenta la *Odisea*. Porque,